

Cuando los cabellos rubios
Eran gala en los copetes.
»¿Eres tú jurisconsulto
Que ser alcalde pretende,
Y presenta por servicios
La condicion de una sierpe?
»Sea laurel quien gustare;
Que no es justo que te empeñes
En sazonar los pescados
Ni engalar escabeches,
»En victorias de aceitunas
Solo á ser corona vienes;
Gentecilla tan soez,
Que en zapateras se vuelven.
»Dirásme, desvanecida,
Que adornarás muchas frentes;
Pero un ciervo hace lo mismo,
Humánanse los laureles.»
Esto Apolo le decia,
Llorando de veinte en veinte
Las estrellas como el puño;
Y ella se estuvo en sus trece,
Y viéndola ya laurel,
Les dió á sus hojas crueles
Bula de absolver de rayos
Cuando los nublados truenen.

EPÍGRAMA.

Cristóbal Santo, una duda
Me tiene con grande asombro,
Viéndoos el mundo al hombro,
Que de verlo un hombre suda.
Aquesta mi duda es:
Decid, santo rubicundo,

Si llevais al hombro el mundo,
¿En dónde poneis los piés?

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

RIESGOS DEL MATRIMONIO.

Sátira.

¿Por qué mi musa descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?
¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
Y que deja el velar para las grullas,
Y ya es letargo el que antes era ceño?
Pues si lo ves, ¿por qué gruñendo au-
Que si despierta y deja la modorra, [llas?
Imposible será que te escabullas.
Mira, que ya mi pluma volar horra
Puede, y que libre te dará tal zurra,
Que no la cubra pelo, seda ó borra.
Obligado me has á que me aburra,
Y que á tu carta, ó maldicion responda.
Sin duda ya la oreja te susurra.
¿He yo burlado á tu mujer oronda?
¿He aclarado el secreto de la penca?
¿Llevé tu hija robada á Trapisonda?
¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
Que en polvo sirven ya de salvaderas,
Aunque pese á la sórdida Zellenca?
Pues si de estas desgracias verdaderas
No tengo yo la culpa, ni del daño
Que eternamente por su medio esperas;
Dime, ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?

Antes para mi entierro venga el cura
Que para desposarme; antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.

Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesta tome; y antes que *si* diga,
La lengua y las palabras se me hielen.

Antes que yo le dé mi mano amiga,
Me pase el pecho una enemiga mano;
Y antes que el yugo, que las almas liga,

Mi cuello abraçe, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himéneo tirano.

Eso de casamientos, á los bobos,
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos que degüellan lobos.

A los hombres que están desesperados,
Cásalos, en lugar de darles sogas:
Morirán poco ménos que ahorcados.

No quieras que en el remo donde bo-
Haya, por consolarte, otro remero, [gas,
Y que se ahogue donde tú te ahogas.

Solo se casa ya algun zapatero,
Porque á la obra ayudan las mujeres,
Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.

Los siempre condenados mercaderes
Mujeres toman ya por granjería,
Como toman agujas y alfileres.

Dicen que es la mejor mercadería,
Porque la venden, y se queda en casa,
Y lo demás vendido se desvia.

El grave regidor tambien se casa,
Por poner tasa á lo que venden todos,
Y tener cosa que vender sin tasa.

Tambien se casan los soberbios godos,
Porque tambien suceden desventuras

A los magnates por ocultos modos.

Cásanse los roperos tan á oscuras,
Como ellos venden siempre los vestidos:
Ellas desnudas venden las hechuras.

Cásanse los verdugos abatidos
Con mujeres, por ser del mismo oficio,
Que atormentan del alma los sentidos.

El médico se casa de arteificio,
Por si cosa tan pérfida acabase,
E hiciese al hombre tanto beneficio.

Y él solo será justo que se case, [des:
Para que ámbos den muerte á sus mita-
¡Así la tierra de ámbos se aliviase!

Cásanse los letrados dignidades,
Para que á sus mujeres con jasones
Puedan tambien juntarse los abades.

Con las espinas hacen los cambrones
Tambien sus matrimonios cortesanos
(Que ámbos desnudan) porque el tuyo

[abones.
Tambien los siempre inícuos escriba-
Por ahorrar el gasto del tintero, [nos,
Dan con la pluma á su mujer las manos.

Ya he visto yo volar un buey ligero
En uno de estos, que de plumas suyas
Alas formó sutiles de jilguero.

Déjame, pues, vivir, no me destruyas,
Ya que de mi pasión y mi tormento,
Caté las celebradas aleluyas.

Quiero contar con tu licencia un cuen-
De un filósofo antiguo celebrado, [to,
Por ser cosa que toca á casamiento.

Vivió infinitos años encontrado
Con otro sábio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazon airado.

Al cabo vino á hallarse muy corrido,
En ver á su contrario siempre fuerte
Y en tanto tiempo nunca de él vencido.
Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin como traidor vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte.
Una hija tenia de buen talle,
Hermosa y pulidísima doncella;
Y ordenó con aquesta de casalle.
Fingió hacer amistades, y con ella
Dejar el pacto siempre asegurado:
Afcionóse el enemigo de ella.
¡Oh, gran poder de amor! enamorado
Contento á casa la llevó consigo:
Casóse con la moza el desdichado. [go
Despues culpando al sabio cierto ami-
La ignorancia cruel y el yerro extraño
Que hizo en dar su hija á su enemigo,
El respondió: no entiendes el engaño,
Pues por vengarme del contrario mio,
Le di mujer, del mundo el mayor daño.
Así, que por contrario de más brio
Tengo, Polo cruel, al que me casa,
Que al que al campo me saca en desaffio,
Júzgalo, pues, que puedes por tu casa.
Fiero atril de San Lúcas, cuando bra-
Obligado del mal que por tí pasa. [mas,
Los hombres que se casan con las da-
[mas,
Son los que quieren ver de caballeros
Sillas en casa llenas, llenas camas;
Ver, sin saber de dónde los dineros;
Que los lleven en medio los señores,
Que los quiten los grandes los sombreros.
Que los curen de balde los doctores,

Que les hagan más plaza aunque al toro,
Que les traten de vos los senadores.
Gustan de ver la rica joya de oro
En sus mujeres, nunca preguntando:
¿Qué duende fué el que trujo este tesoro?
Quieren que les estén continuo dando,
Y hasta las capas piden como bueyes,
Que presos con maroma están bramando.
Privados suelen ser tambien de reyes,
Porque de sus mujeres son privados,
Y estos como camisas mudan leyes.
Pues si aquesto sucede en los casados,
¿Por qué han de procurar hembras crue-
[les,
Ni yo, ni los que están escarmentados?
Si me quiero ahorcar, ¿no habrá cor-
[deles?
¿Faltarán, que me acaben, desventuras?
¿Tósigo no hallaré, veneno y hieles?
Si quiero desterrarme, habrá espesu-
Y si desesperado, despeñarme, [ras,
Montes altos tendré con peñas duras.
Pues bien, si con intento de acabarme,
Me aliñas de mujer la amarga suerte,
No la hé ya menester para matarme.
En cuantas cosas hay, hallo la muerte;
En la mujer, la muerte y el infierno,
Y fin más duro y triste, si se advierte.
Más quiero estarme helando en el in-
[vierno
Sin la mujer, que ardiendo en el verano,
Cercado el rostro de caliente cuerno.
Si tú fueras, oh Polo, buen cristiano,
Pensara que el casarme lo hacias
Reputándome á mí por luterano,

Y que por castigar blasfemias mías,
Querrias ponerme tal verdugo al lado,
Que atormentase mis caducos días.

Y á casarme, casárame fiado,
De que estándolo tanto tus parientes,
Habréis las malas hembras agotado.

Ya te pesa de verte entre mis dientes,
Ya te arrepientes del pasado hierro,
Ya vuelves contra mí cuernos valientes.

Ya por tanto ladrar me llamas perro:
Yo cuelgo, cual alano, de tu oreja,
Y tú bramando, erizas frente y cerro.

¡Qué á propósito, viene la conseja,
Que del cínico Diógenes famoso
Quiero contarte, aunque parezca vieja!

Yendo camino un día presuroso,
Vió una mujer bellísima ahorcada
De las ramas de un álamo pomposo.

Y después que la tuvo bien mirada,
Con lengua, como siempre disoluta,
Dijo: «Digna razon de ser contada:

Si llevaran de aquesta misma fruta
Cuantos árboles hay, más estimadas
Fueran sus ramas de la gente astuta.»

¡Que razones tan bien consideradas!
A ser como él y yo toda la gente,
Ya estarían las tristes ahorcadas.

Viviera el hombre más seguramente
Sin tener enemigos tan mortales;
Volvierá el siglo de oro á nuestro Oriente.

Dirásme tú que hay muchas principa-
les;

Y que hay rosa también donde hay es-
pina,

Que no á todas las vencen cuatro reales.

En Cláudio te responde Mesalina,
Mujer de un grande emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina.

¡Cuándo insolencia tal hubo en Sodoma!
En viendo al claro emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma,

La emperatriz tomando otro vestido,
Se iba á la caliente mancebía,
Con el nombre y el hábito fingido!

Y en entrando, los pechos descubría,
Y al deleite lascivo se guisaba,
Así que á las demás empobrecía.

El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el taita de las hienas brutas
A recoger el cimbalo tocaba.

Todas las celdas y asquerosas grutas
Cerraban antes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.

Hecho había arrepentir á más de ciento,
Cuando cansada se iba, más no harta
Del adúltero y súcio movimiento.

Mas por no hacer ya libro la que es
Dejo de meretricias dignidades [carta,
Y de cornudos nobles luenga sarta.

Mal haya aquel que fia en calidades,
Pues cabe en carne oscura sangre clara,
Y en muy graves mujeres liviandades.

Ni aun sin culpa algún olmose casara,
Con la lasciva vid, si á sinrazones
También el sentimiento no negara.

Pues solo á disculpar los bujarrones
No ha de bastar huir de las mujeres,
Ni quieren admitirlo los tizonos.

Dirás que no hay contentos ni placeres
En donde no hay mujer, y que sin ella

Con soledad enfermo y sano mueres.

Que es gran gusto abrazar una donce-
Y hacerla madre del primer boleo, [lla,
Gozando de la cosa que es mas bella.

Pues yo te juro, Polo, que deseo
Ver desde que nací virgos y diablos,
Y ni los diablos ni los virgos veo.

Demonios veo pintados en retablos;
Y de caseros virgos contrahechos
Llenos palacios, llenos los establos.

Los casados estais muy satisfechos
En el talle gentil, en el regalo;
Y en el entendimiento los mal hechos.

Fíase en la riqueza el hombre malo,
En el caudal el mercader judío,
El alguacil confíase en su palo.

Pero de estas fianzas yo me rio,
Pues veo que la mujer del perezoso
Suele curiosa ser del de buen brío.

La que tiene el marido bullicioso
Imagina cómo es el sosegado,
Y cómo el fiero, si es el suyo hermoso.

La mujer del soberbio titulado
Desea comunicar al pordiosero,
Desea, la del dichoso al desdichado.

La que goza del tierno caballero
Apetece los duros ganapanes,
Y á cansar un gañan se atreve entero,

La que goza valientes capitanes
Se enamora de liebres, y aun de zorras;
Y si títeres son, de sacristanes.

Quiero callar, que temo que te corras,
Aunque con tu paciencia bien se sabe
Que el timbre suyo á los cabestros borras.

Ya escucho que te ries de que alabe

Mi desprecio, y que á ti dices respeta
El caballero más altivo y grave.

No entiendes, no, la poco honrosa treta:
Eres como el asnillo de Isis santa,
Cuando el honor de la deidad aceta.

Pues viendo arrodillada gente tanta,
Que su llegada solamente espera,
Y que este alegre danza y aquel canta,

Se para, hasta que á fuerza de madera
Con los palos trasforman el jumento
En ave velocísima y ligera

Diciendo: Este divino acatamiento
No se hace á tí, sino á la excelsa diosa,
Que encima va con tardo movimiento.

Así que la persona poderosa [honrado:
No ha de hacer honra á aquel que ha des-
A su mujer la hace, que es hermosa.

Y si por tí la tomas, desdichado,
Vendráte á suceder lo que al borrico,
Y serás tras cornudo apaleado.

Si yo quisiera ser, Polo, más rico,
Tener mayor ajuar ó más dinero,
Pues no puedo valerme por el pico,

Cómo me había de hacer bodegonero
Para guisar y hacer desaguisados,
O para vender agua tabernero,

O para aprovechar los ahorcados
Vil pastelero, ó ginovés harpía
Para hacer que un real pára ducados;

El triste casamiento elegiría
Cual tú lo hiciste, pues con él granjeas
Por la más ordinaria y fácil vía.

Y por si acaso, Polo, aun hoy empleas
Tu mujer en mohatras semejantes,
Quiero que mis astutos versos leas.

No tengas celos de hombres caminan-
[tes,
Ni aun de soldados, gente arrebatada,
Ni aun de los bizcos, condes vergonzan-
[tes.

Que el caminante ha de dejar la espa-
Para gozar de tu mujer vendida; [da
Y la golilla el conde, si le agrada.

Solo te has de guardar toda tu vida
Del perverso estudiante, como roca
En su descomunal arremetida.

Este con furia descompuesta y loca,
Por no quitarse nada, se arremanga
Las, Dios nos libre, faldas con la boca.

Si tú vienes, las suelta; y muy de man-
Con tu mujer maquinará ingenioso [ga
Trampa que sobre á desmentir la ganga.

Ya me falta el aliento presuroso,
Ya mi lengua, de ladrar cansada,
Se duerme entre los dientes con reposo.

Mas porque no la llares mal criada,
Quiere, aunque disgustada, responderte
A tu carta satírica y pesada.

Ya empiezas á temer el trance fuerte,
Y tiemblas más mi lengua y sus razones,
Que la corva guadaña de la muerte.

Con una cruz empiezan tus renglones:
Yo pienso que la envias por retrato
De la fiera mujer que me dispones.

Luego, tras uno y otro garabato,
Me llamas libre, porque no te escribo,
Aspero, duro, zahareño, ingrato.

Dices que te responda, si estoy vivo:
Si lo debo de estar, pues tanto siento
La amarga hiel que en tu papel recibo.

Ofrécesme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran peca-
[do,

Y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quierdes darme

Una mujer de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el ma-
[tarme,

Para sacarme de este mundo importa,
Y el morir se asegura con casarme.

Dicesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion mas dulce y suave,
Y al matrimonio Cristo nos exhorta;

Que no ha de ser el hombre cual la nave
Que pasa sin dejar rastro ni seña,
O como en el ligero viento el ave. [ña,

¡Oh, si aunque yo pagase el fuego y le-
Te viese arder, infame, en mi presencia,
Y en la de tu mujer que te desdeña!

Yo confieso que Cristo dá excelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba;
Que Dios siempre aprobó la penitencia.

Confieso que en los hijos se renueva
El cano padre para nueva historia,
Y que memoria deja de sí nueva.

Pero para dejar esta memoria,
Le dejan voluntad y entendimiento,
Y verdadera por soñada gloria.

Dices que para aqueste casamiento
Una mujer riquísima se halla
Con el de grandes joyas ornamento.

Has hecho mal ¡oh misero! en buscalla
Con tan grande riqueza, que no quiero
Tan rica la mujer para domalla.

Dices que me darán mucho dinero
Porque me case; lo barato es caro,
Recelo que me engaña el pregonero.
Su linaje, me dices, que es muy claro:
Nunca para las bodas le hubo oscuro,
Ni ya suele ser ese gran reparo.
Muéstrame la vestida de oro puro;
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
Que hermanas tiene y madre muy hon-

radas
Cuentas. ¡Oh coronista adulterado!
¿Tú las quieres también emparentadas?
De su buen parecer me has informado,
Como si por ventura la quisiera,
Por su buen parecer para letrado.
Que tiene condicion de blanda cera:
Bien me parece, Polo, pero temo,
Que la derrita como á tal cualquiera,
Gentil mujer la llamas por extremo:
¿Por gentil me la alabas y prefieres?
Solo ya te faltaba el ser blasfemo. [res,
Nunca salgas, traidor, de entre muje-
Mujer sea el animal que te destruya,
Pues tanto á todas sin razon las quieres.
Déjente ya que goces de la tuya
Los que con ella están amarcebados:
Volvésete ha en responso la aleluya.
Y en todos sus adúlteros preñados
Hijas te pára todas, y á docenas,
Y con ellas te crezcan los cuidados.
Estén las mancebías siempre llenas
De hermanas tuyas, primas y sobrinas,
Que deshonren la sangre de tus venas.
Tus desdichas aumenten y tus ruinas

Mozas sin plumas y emplumadas viejas;
Murmuren de tu vida tus vecinas.
Y pues en mi quietud nunca me dejas
Vivir, nunca el alegre desengaño
Con la verdad ocupe tus orejas.
¡Mujer me dabas, miserable, ogaño!
Pues aunque me heredaras, no eligieras
Para matarme tan astuto engaño.
¿No ves, que en las mujeres, si son fieras,
El hombre tiene lo que no querría,
Y adora concubinas y rameras?
Si hermosas son, si tienen gallardía,
No son más del marido que de todos:
La que me traes es tal mercadería.
En ellas tienen fúcares y godos
Una accion insolente de gozallas,
Por mil ocultos y diversos modos.
¡Felices los que mueren por dejallas,
O los que viven sin amores de ellas,
O por su dicha llegan á enterrallas!
En casadas, en viudas ó en doncellas,
Tantas al suelo plagas se soltaron
Cuantas son en el cielo las estrellas.
Mas, pues, que de mis mañas te infor-
[maron,
De mis costumbres y de mis empleos,
Y un bruto en mí y un mónstruo dibuja-
[ron;
Pues que por casos bárbaros y feos,
Te dijeron mi vida caminaba
Al suplicio derecha sin rodeos;
Que en toda la ciudad se murmuraba
Mi disimulacion y alevosía,
Y que pérfido el mundo me llamaba;
Que no se vió la desvergüenza mia

En alguacil alguno ni en corchete;
Que nadie sus espaldas me confía;
Que he trocado en el casco mi bonete;
El *vade mecum* todo en la penosa,
Y del año lo más paso en el brete;
Pues que esto te dijeron, ¿cuál esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?
Ponla tantos defectos por delante:
Dila, en fin, que yo soy un desalmado,
Ingerto en sotanilla de estudiante;
Y aunque hijo de padre muy honrado,
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traído mi pecado
A desventura tal, que soy poeta.

ROMANCES.

I.

Padre Adan, no lloreis duelos:
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El más dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrásteis vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plaga que trujo otra edad.
Para daros compañía,
Quiso el Señor aguardar,
Hasta que llegó la hora
Que sentísteis soledad.
Costóos la mujer que os dieron
Una costilla; y acá
Todos los huesos nos cuestan,

Aunque ellas nos ponen más.
Dormísteis, y una mujer
Hallásteis al despertar;
Y hoy en durmiendo un marido,
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais:
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar.
Tuvísteis mujer sin madre;
¡Gran suerte y de envidiar!
Gozásteis mundo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad.
La culebra por lo ménos
Os da á los dos que comais:
Si fuera suegra, os comiera
A los dos, y más y más.
Si Eva tuviera madre,
Como tuvo á Satanás,
Comiérase el Paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben;
Mas una suegra infernal
Más sabe que las culebras:
Así lo dice el refrán
Llegaos á que aconsejara
Madre de este temporal
Comer un bocado solo,
Aunque sea rejalgár.
Consejo fué del demonio,
Que anda en ayunas lo más;

Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.

Señor Adan, ménos quejas,
Y dejad el lamentar;
Sabe estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal.

Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima,
Que mil os la tomarán.

Esto dijo un ensuegrado,
Llevándole á conjurar
Para sacarle la suegra
Un cura y un sacristan.

II.

Yo el menor padre de todos
Los que hicieron este niño,
Que concebisteis á escote
Entre más de veinticinco,
A vos, doña Dinguindaina,
Que pareceis laberinto
En las vueltas y revueltas,
Donde tantos se han perdido.

Vuestra carta recibí
Con un contento infinito,
De saber que esté tan buena
Mujer que nunca lo ha sido.

Pedíisme albricias por ella,
De haber parídome un hijo;
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.

Hágase entre todos cuenta
A cómo nos cabe el chico,

Que lo que á mí me tocara
Libraré en el Antecristo.

Fuimos sobre vos, señora,
Al engendrar el nacido,
Más gente que sobre Roma
Con Borbon por Carlos Quinto.

Mis ojos decís que saca;
Mas según lo que averiguo,
Vos me los sacais agora
Por dineros y vestidos.

Que no negará á su padre,
Decís, por lo parecido;
Y es un mal, que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.

Más padres tiene que miembros;
Acomodad, pues, el mio,
Ya que quereis encajarme
Esto de padre postizo.

¡Oh quien viera cuando todos
Armados de acero fino
Amojonen lo que hicieron
En el mayorazgo hechizo!

Cuál dijera engendró él sólo
Desde el hombro al colodrillo;
Y cuál pondrá su mojon
Desde la espalda al ombligo.

Cuál conocerá una mano;
Y no faltará marido
Que diga que por la priesa
No acabó más de un tobillo.

Haced creer estas cosas
A los hombres barbilindos,
Que por parecer potentes
Prohijaran un pollino;

Que yo soy un hombre zurdo,

Cejijunto y medio bizco,
Más negro que mi sotana,
Más áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes
A ese que habeis parido;
Si él por padre me admitiere,
Que me tueste el Santo Oficio.

Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que unos por otros dejan
Moro al que nace morisco.

¡Qué será de ver los padres
Y la escuadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos!

¡Cuál andará el licenciado,
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colacion y beneficio!

El viejo se pondrá plumas,
Y se quitará el juicio;
Que es su cabeza cortada,
Creerá como en Jesucristo.

¡Qué habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino,
Seguro que le parece,
Hasta en lo perro judío!

Encargáisme de criarle,
Siendo el criar un oficio
Que solo le sabe Dios
Por su poder infinito.

Para ayudar á engendrar
Iré sin duda, aunque indigno,
Con mi lujuria achocada
Entre estas peñas y riscos.

Naveguen otros las costas,
Que yo en el golfo me vivo;
Que á pecar bueno y de balde
Desde que nació me inclino.

Aquí, pues, sabré la historia
De ese parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos haceis putativos.

Aviso tendré de todo,
Mas tambien desde hoy la aviso
Que pára para los otros
Lo que engendrare conmigo.

Padres llame á los profesos,
Que yo motilon he sido,
Y con título de hermano
Viviré como un obispo.

Este año y este mes,
Y perdone, que no firmo,
Porque mis mismas razones
Dicen que yo las escribo.

No pongo calle ni casa
Tampoco en el sobrescrito,
Porque segun vive, de ella
Dirán todos los vecinos.

III.

A la córte vas, Perico;
Niño, á la córte te llevan
Tu mocedad y tus piés:
¡Dios de su mano te tenga!

Fiado vas en tu talle,
Caudal haces de tus piernas,
Dientes muestras, manos das,
Dulce miras, tieso huellas,